

discusión se elevó de nuevo por la grandiosa elocuencia de Lamartine. «Fuera de la monarquía y de las dos Cámaras, dijo, existe en los casos extremos un juez, un árbitro soberano, el país...; vosotros tratáis de tapar con la mano de la policía la boca del país...; acordáos del Juego de pelota... El Juego de pelota es un lugar de reunión, cerrado por la autoridad y que la nación ha vuelto á abrir.» Remusat y Dufaure, con razones irrefutables, apelaron reiteradamente á la razón de la mayoría. Duchatel respondió excitando las pasiones ó invocando la rutina del justo medio. La enmienda fué deshechada por doscientos ochenta votos contra ciento ochenta y cinco, y votado á continuación el artículo sobre «las pasiones enemigas y los ciegos arrebatos.» Entonces la oposición manifestó al Presidente de la Cámara, que había votado contra ella, que no pondría más los pies en su casa, y acordó no parecer tampoco por palacio.

Ya no había inteligencia posible entre las dos mitades de la asamblea. En vano algunos conservadores progresistas intentaron aún reconciliar al gobierno con el país. Un gran industrial, Sallandrouze, propuso consignar en el mensaje la esperanza de que el gobierno tomaría la iniciativa «de las reformas moderadas y prudentes que reclama la opinión pública empezando por la parlamentaria.» Guizot se negó á toda concesión en el presente, á todo compromiso para lo porvenir. Dijo que el ministerio se esforzaría en mantener ó restablecer la unión del partido conservador en este punto antes de cerrarse la legislatura, y que si no lo conseguía, preferiría retirarse á desorganizar la política conservadora. La proposición fué rechazada. Quedaba el voto sobre la totalidad. Si la oposición se abstenía, no habría número bastante de votos; y la oposición acordó abstenerse. Pero Thiers, asustado de una medida que se salía de las vías parlamentarias, votó y comprometió á votar á algunos de sus amigos; con lo que se reunieron doscientos cuarenta y un votantes, siendo el minimum necesario doscientos treinta.

Hemos aludido á un nuevo banquete proyectado en París para el diez y nueve de Enero y que el prefecto de policía había prohibido. Buen número de jurisconsultos eminentes consultados por el Comité sobre el caso, negaron la legalidad de la prohibición, fundándose en que la ley de mil setecientos noventa sobre las reuniones públicas, invocada por el gobierno, no había sido interpretada en tal sentido ni siquiera por la Restauración. Desvanecida toda esperanza de transacción con haberse votado la contestación al discurso de la Corona, la oposición convino en celebrar una reunión para acordar lo que procedía hacer. Era el doce de Febrero. El ocho, Emilio de Girardin había escrito á Odilon-Barrot instándole á dimitir caso que se votase el párrafo injurioso del Mensaje. «Si usted se decide, decía, toda la oposición seguirá su ejemplo.» Este consejo lo hizo suyo Marrast proponiendo en una reunión de los diputados radicales y de sus amigos, la dimisión colectiva de toda la izquierda, que se desistiese del banquete y que se promoviese en cambio una inmensa agitación legal en toda Francia. Garnier Pages combatió

esta proposición insistiendo en que debía celebrarse la manifestación del banquete, cualesquiera que pudiesen ser las consecuencias. Los pareceres se dividieron entre estos dos extremos, y los diputados radicales se fueron á la junta general de la oposición que se reunía en aquel instante. Aquí se trató de nuevo la cuestión, acordándose al cabo desechar la dimisión colectiva y mantener el banquete. Solamente Girardin perseveró en su propósito enviando su dimisión de diputado.

El catorce de Febrero publicaron los periódicos una declaración de la oposición, que señalaba en la contestación al discurso de la Corona una violación flagrante de los derechos de la minoría y de los principios de la Constitución, y se nombró una comisión de diputados para regular, de acuerdo con el Comité central de los electores parisinos, lo concerniente á la celebración del banquete. La agitación aumentaba en París; todos los negocios comerciales estaban paralizados. A este mismo paso se modificaba el lenguaje de los amigos del poder. El *Diario de los Debates*, que la víspera desafiaba á la oposición diciendo al Gobierno «marchad sobre el fantasma y se desvanecerá», el día mismo en que se publicó la declaración de la izquierda anunció que se había decidido en principio llevar á cabo la reforma. Si el ministerio hubiese ratificado esta declaración en la tribuna, todo hubiese concluido; porque nadie pensaba en revolución, sólo se quería la reforma. Tanto es así que el diario *La Reforma*, órgano de los republicanos radicales, cansado de sacrificios y no creyendo posible el advenimiento de la república hasta después de la muerte de Luis Felipe, había determinado dejar de publicarse el día siguiente al del banquete. Pero el rey y el primer ministro estaban ciegos. «La reforma, decía Luis Felipe, es la guerra, el comienzo del fin. No bien la oposición empuñe las riendas del poder, me voy». Contaba con que la fuerza armada disolvería, sin dificultad, las reuniones que se intentase formar. Por su parte, la comisión de los diputados hacía cuanto podía para evitar las ocasiones de conflicto. A este fin señaló para el banquete, en vez del domingo ó el lunes, días en que están los obreros más libres, el martes, veintidós de Febrero, y decidió que el punto de reunión sería, no el duodécimo distrito, á la entrada de los populosos barrios de Santiago y San Marcelo, sino la casi desierta calle del camino de Versailles, cerca del Arco de Triunfo de la Estrella. Al enterarse de esto los conservadores progresistas, trataron de disuadir á la oposición de celebrar el banquete, fracasando su intento por un discurso enérgico de Lamartine. «Nos hallamos colocados, dijo, entre la vergüenza y el peligro....., la vergüenza de nuestro país..... Si hiciéramos eso, pondríamos el cuello de Francia á los pies de un ministro. No, no. Nosotros dejaríamos de ser hombres; Francia dejaría de ser un pueblo». La Comisión invitó á París por una nota á dar el veintidós, con su actitud tranquila y firme, una prueba brillante del progreso de las costumbres políticas.

La ansiedad que se apoderaba de los conservadores ganó al ministerio. Duchatel

deseaba conjurar la crisis, y el mismo Guizot no se oponía á que se llevase la querrela al terreno de la discusión legal. Entabláronse negociaciones al efecto, y se convino en que los diputados de la oposición entrarían en el salón del banquete, no obstante el aviso que les daría un comisario de policía; que éste intimaría á los reunidos á separarse, y que entonces Odilon Barrot protestaría y aconsejaría á los reunidos ceder á la fuerza, reservándose el derecho de acudir á los tribunales. Aceptada por todos esta componenda, la tempestad parecía conjurada. Un incidente lo echó todo á perder. El veintiuno por la mañana, los diarios de oposición publicaron el programa de la «manifestación reformista», regulando la formación y la marcha del cortejo que había de acompañar á los diputados y demás invitados al banquete. Fijábase como punto de partida la plaza de la Magdalena, y se recomendaba á los guardias nacionales suscritos y á todos los que concurren formarse unos en fila, otros en columna, para mantener el orden y evitar cualquier colisión. La publicación de este programa causó viva emoción en el público, sorpresa é inquietud en la oposición constitucional, violenta reacción en el partido conservador. No temía tanto el ministerio un gran motín como una concurrencia de cien mil hombres reuniéndose y separándose ordenadamente á la voz de la oposición. «Ya no habría entonces gobierno, se exclamaba alrededor del Rey y de los ministros; el gobierno se habría pasado á la izquierda.» Luis Felipe y Guizot habían consentido de mala gana en la transacción. «Á mí no se me sorprenderá, decía el primero; yo no cometeré las faltas de Carlos X; sabré tomar un poco mejor mis medidas y defenderme.» Rey y ministro se aprovecharon de la ocasión para romper con la izquierda y rechazar en adelante toda tentativa de conciliación: el ministro porque estaba resuelto á la guerra civil; el Rey porque no creía en ella.

Era la víspera del día señalado para el banquete. En la Cámara, Barrot interpeló al ministerio acerca de la ruptura del convenio acordado entre la oposición y el Gobierno. Duchatel se desató contra el manifiesto y añadió que el Gobierno autorizaba á los diputados y sus convidados á ir individualmente al sitio del banquete, pero que no toleraría ninguna reunión en la vía pública. Acabada la sesión, la oposición volvió á deliberar acerca de lo que debía hacer. Suprimir la gran manifestación preparada concurriendo individualmente al banquete, de ningún modo; aceptar la guerra civil poniéndose á la cabeza de una reunión que la autoridad disolvería con la fuerza, menos todavía; y como no había más términos que éstos, el acuerdo fué desistir del banquete. Esta decisión disgustó á todos, á los representantes de la Prensa, á los oficiales de la guardia nacional y á los ciudadanos de opiniones democráticas; pero se los apaciguó mediante la promesa de formular en la Cámara una acusación contra los ministros y ponderándoles la inmensa responsabilidad de promover un conflicto. La comisión de los estudiantes se encargó de llevar la contra-orden á sus compañeros, y Luis Blanc y Ledru-Rollin lograron conven-

cer, en la redacción de *La Reforma*, á la mayoría de la fracción republicana más ardiente, al extremo de redactar uno de los más enérgicos del partido, Flocon, un artículo para el día siguiente en aquel sentido. El veintiuno de Febrero por la noche, todos los grupos políticos, hasta el más radical, estaban decididos á no intentar nada. No quiere decir esto que no sintiesen la vergüenza de su retirada: tanto la sentían que todos andaban mohínos y cabizbajos. En las Tullerías, en cambio, todo era júbilo y alborozo; el Rey se divertía haciendo frases á costa de la oposición. «Bien lo sabía yo» repetía.

Pero la alegría duró poco. Por prisa que se dieron los encargados de comunicar la contra-orden, ésta llegó tarde. El público, que esperaba la manifestación, asistió al lugar de la cita. El día estaba sombrío; lloviznaba. Los primeros en acudir fueron los estudiantes, quienes, conforme á lo convenido, se reunieron el veintidós por la mañana en la plaza del Panteón, y no haciendo caso de sus delegados, que querían detenerlos, los arrastraron consigo hacia la plaza de la Magdalena. Siguiéronles los obreros, que ocuparon la plaza de la Concordia. Unos y otros entonaban la Marsellesa y el canto de los girondinos, que de vez en cuando interrumpían los gritos de: «¡Viva la Reforma! ¡Abajo Guizot!» El Rey vió á lo lejos, desde las ventanas de las Tullerías, aquella agitación, sin perder su confianza imperturbable y pensando para sus adentros que la barrería como polvo. Los dragones y los municipales dieron varias cargas para despejar, sin hacer uso de las armas. A las cuatro de la tarde, París fué ocupado militarmente; al anochecer, la muchedumbre empezó á levantar barricadas, saqueó una tienda de armero y, con sillas y árboles, encendió una fogata en el jardín de las Tullerías. Á la una de la madrugada, todo estaba en paz, y poco después se retiraban las tropas á sus cuarteles. El Rey y los ministros dábanlo todo por concluido, y se figuraban dueños otra vez de la situación. No habían de tardar en salir de su error.

No era aquello todavía una insurrección, ni siquiera un motín; era simplemente una muchedumbre que iba á manifestarse al azar, sin jefes y sin objeto preciso. El antiguo partido republicano que dirigiera las insurrecciones en los primeros años del reinado, se había desorganizado á consecuencia del fracaso de Parlés y de Blanqui en mil ochocientos treinta y nueve. Sólo había á la sazón pequeñas sociedades secretas, no habituadas á combatir, cuya principal, las *Estaciones*, no contaba más de seiscientos hombres, y el mismo diario del partido, *La Reforma*, que dirigían Flocon y Ledru-Rollin, malvivía con menos de dos mil suscripciones.

El motín empezó en la noche del veintidós al veintitrés, en que los obreros de los antiguos cuarteles republicanos del Este entraron en lid, levantando barricadas y armándose. La tropa, que apenas había empezado á descansar, fué puesta de nuevo en movimiento. Hacia las diez de la mañana, los principales puntos de la ciudad estaban ocupados militarmente, y los insurrectos, como si obedeciesen á una consigna instintiva,

halagaban á la tropa de línea y atacaban con furia á la guardia municipal, gritando: ¡Viva la línea! ¡Mueran los municipales! El Gobierno determinó entonces llamar á la guardia nacional. Funestísima medida. Los guardias nacionales reformistas acudieron en masa, mientras que, en la mayor parte de las legiones, los partidarios del Gobierno se quedaron en sus casas, y una vez formados, todos, excepto los de la primera legión, se negaron á marchar contra los revoltosos, gritando: ¡Viva la reforma!, y no pocos ¡Abajo Guizot! Una de las compañías de la tercera legión protegió á los obreros y obligó á los municipales á meterse en su cuartel, y momentos después, un oficial general que mandaba en la plaza de las Victorias, habiendo ordenado á un destacamento de coraceros cargar sobre el pueblo, un batallón de nacionales cruzó la bayoneta sobre los coraceros. Ante esta defección de la guardia nacional, el Rey tuvo miedo y mandó llamar al ministro de lo Interior, Duchatel, y luego á Guizot. Después de larga discusión, convinieron en que se imponía el dilema de disolver la guardia nacional ó conceder la reforma. El Rey rechazó lo primero; Guizot no podía aceptar lo segundo. Entonces Luis Felipe expresó la amargura que sentía al tener que separarse de sus ministros. «La necesidad y la salvación de la monarquía, dijo, exigen de mí este sacrificio», y les manifestó su intención de llamar á su amigo personal Molé para formar ministerio. Molé expuso al Rey que su situación personal no estaba en relación con las necesidades del momento, y obtuvo la autorización de solicitar el concurso de Thiers. Éste, á quien Molé no pudo ver hasta después de anochecido, se lo negó, diciendo que «no estaba dispuesto á entrar en ningún Gabinete del que no fuese jefe»; pero le ofreció apoyarle, á condición de que le diese la reforma parlamentaria, la reforma electoral y la disolución de la Cámara. «Las dos primeras condiciones, contestó Molé, es muy difícil lograrlas; respecto de la disolución, jamás se la obtendrá del Rey». De noche ya, después de varias horas perdidas, Molé volvió á Palacio á decir á Luis Felipe que no había podido formar ministerio.

Gracias que en estos instantes la insurrección parecía caminar á un próximo y feliz desenlace. La caída del gobierno, que Guizot comunicó á las Cámaras á primera hora de la tarde y que Montalivet hizo anunciar á los diversos cuarteles por medio de guardias nacionales de á caballo, fué recibida con júbilo y aclamaciones por el pueblo y la guardia nacional. Ciertó que el nombre de Molé no satisfizo á los políticos, y hasta hubo quien se preguntó si Luis Felipe no se burlaba del país; pero el pueblo no paró mientes en ello, y la nueva se celebró por la noche con una iluminación general, en que París apareció alumbrado como por millones de estrellas luciendo de piso en piso y de calle en calle. La revolución parecía haber terminado. El prefecto de policía decía: «Este es un motín que morirá por sí sólo».

Un incidente dió al traste con estas buenas disposiciones. Numerosos bandos recorrían pacíficamente la ciudad cantando y llevando banderas y antorchas. Uno de estos grupos,

que había salido del cuartel de San Antonio, con una bandera tricolor á la cabeza, engrosado por el camino con guardias nacionales, obreros y muchachos, después de haber circulado largo tiempo por las calles, se paró delante de la redacción de *El Nacional*. Armando Marrast le arengó diciendo que el pueblo debía permanecer en pie hasta obtener la reforma parlamentaria, la reforma electoral, la verdadera libertad de la prensa, la disolución de la guardia municipal y el proceso de los ministros, y recomendándole al mismo tiempo guardar una actitud pacífica. La columna popular volvió á ponerse en movimiento hacia la calle de Capuchinos, y al llegar delante del ministerio de Negocios Extranjeros, donde moraba Guizot, gritó: «¡Abajo Guizot! Custodiaba el edificio un destacamento de infantería, sin que hubiese por parte de la tropa ni por parte del pueblo intenciones hostiles. De pronto, un desconocido del grupo de los manifestantes dispara sobre la tropa, y los soldados contestan con una descarga sobre la compacta muchedumbre, cayendo al suelo unas cincuenta personas, más de veinte de ellas muertas. Los republicanos, probablemente los de *El Nacional*, organizaron inmediatamente con estos cadáveres una manifestación. Cargaron cinco en un chirrión, tirado por un caballo; sobre las varas pusieron á un muchacho, con una antorcha para alumbrar la escena; en el carretón, un hombre de pie, que de trecho en trecho levantaba el cadáver de una joven para enseñar á la muchedumbre el cuello y el pecho cubiertos de sangre, y gritaba: «¡Venganza, se degüella al pueblo!» El cortejo recorrió los bulevares, conmoviendo á las muchedumbres, que, exasperadas, corrieron á las iglesias, y de once á doce de la noche, el toque de somatén, repetido desde San Merri hasta San Sulpicio, anunció á los parisiens es que á una tarde alegre iba á suceder una noche fúnebre. Las armerías eran desbalijadas; barricadas se levantaban como por ensalmo, varios puestos eran asaltados y tomados, y se cambiaban disparos en varios puntos, desde la calle del Temple hasta la plaza del Palacio Real. Las pasiones populares, que se habían calmado, revivían con una exaltación más violenta y sombría que antes. Al grito de la víspera ¡Viva la reforma! se juntaba ahora el de ¡Viva la República!

Las negociaciones ministeriales se continuaron durante la noche, lenta y confusamente, ni con franqueza ni de prisa, como si se tratase de una intriga parlamentaria de los días normales. El Rey jugaba con la tempestad popular como con las pequeñas conjuras de la Cámara. A un mismo tiempo envió á llamar á Thiers, que representaba la transacción, al mariscal Bugeaud, que representaba la resistencia, á Guizot y Duchatel, para asesorarse con sus consejos. Thiers llegó á las Tullerías á las dos de la mañana.—«Bueno, le dijo el Rey, ¿ha formado usted ministerio?—¡Formado yo ministerio, señor! si sólo vengo á recibir las órdenes de V. M.—¡Ah! ¿es que usted no quiere servir en el reino?—No, señor; yo quiero servir en su reino.—Entonces, hablemos formalmente. ¿Qué compañeros quiere usted?—Odilon Barrot.—Bueno, respondió el rey; es un bobalicón, pero buen hombre.—Re-